



Ondas nacionales

La política cultural de la república liberal y la Radiodifusora Nacional de Colombia

RENÁN SILVA

Hacer vivir a las demás secciones del país el mismo ritmo vital de cada uno de los departamentos, tiene como fin esencial el ir creando una conciencia unánime de la nacionalidad colombiana, a la par que una compenetración viva de ideas, sentimientos y emociones, modelos perdurables de la cultura.

Ministerio de Educación Nacional.
La obra educativa del gobierno en 1940.

ESTADO Y MEMORIA

América Latina parece atravesar desde hace algunos años modificaciones importantes en las relaciones entre el *Estado y la sociedad*. Tomando al pie de la letra lo que se dice y un poco sin atender a lo que efectivamente ha ocurrido, la situación parece plantearse en los siguientes términos: en el pasado reciente, sobre todo después de los años treinta, el Estado, esencialmente bajo la forma de populismo social y de proteccionismo económico, habría copado el campo de la sociedad, del mercado, de la iniciativa individual, creando un conjunto de condiciones que, llegada la época de la globalización, con su exigencia de competitividad internacional, ha hecho visi-

ble la existencia de agentes económicos con muy baja capacidad de inserción en el mercado mundial, y de actores sociales incapaces de adelantar en el plano nacional iniciativas liberadas de la tutela del Estado protector. Ha llegado la hora pues de *romper con toda atadura que nos ligue a ese pasado* y abordar la fase más alta de la modernización de la sociedad, si se quiere avanzar por el camino del progreso material y social. El Estado debería limitar al máximo sus funciones y garantizar simplemente el espacio mínimo de reglamentación que conecta actores individuales en el mercado (dimensión a la que termina reducida la sociedad).

El diagnóstico encuentra desde luego numerosos puntos de apoyo que son co-

RENÁN SILVA
Grupo de investigaciones en Historia, Cultura y Sociedad.
Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle

nocidos, pero entre ellos resalta de manera particular la ineficiencia y la corrupción que son distintivas, aunque no exclusivas, de los Estados latinoamericanos, y el proceso de clientelización, con apoyo en el Estado y en los presupuestos públicos, que han hecho de la actividad política, en muchos de los países de la región, no una forma de expresión de la ciudadanía, si no una forma de sujeción a través de vínculos personales, que organiza sus apoyos sociales sobre la base de sistemas de recompensas y favores una vez que se llega al gobierno.

Nada habría que objetar a esta perspectiva, que señala hechos ciertos de la política y de la sociedad en América Latina, si el diagnóstico no fuera extremo y unilateral, y no dejara de lado algunas realidades que reclaman un análisis más atento, entre ellas aquella que tiene que ver con el funcionamiento real del Estado en los países del "primer mundo", países en los cuales no sólo el Estado cumplió en el pasado funciones cruciales para la estructuración de la sociedad y para la creación de altos niveles de riqueza, sino que hoy en día sigue cumpliendo papeles importantes en el campo de la protección laboral, de la seguridad social y el sostenimiento de las instituciones culturales, para mencionar tan sólo algunos ejemplos. Por eso, resulta necesario distinguir entre el funcionamiento práctico de los gobiernos en los Estados Unidos y Europa, y las recomendaciones de los asesores de las agencias internacionales y de los nuevos ideólogos del mercado, pues es posible que las fórmulas publicitadas y recomendadas nunca hayan sido puestas en marcha de la manera extrema como se pretende que lo sean en otras partes del mundo.

Sin embargo, el punto central sobre el que quisiéramos llamar la atención aquí no es el relacionado con las formas más obvias de intervención del Estado sobre la sociedad. Buscamos más bien poner de

presente el papel que el Estado puede tener en la conformación de la *Nación*, cuando, más allá de la simple intervención en la actividad económica, logra encarnar lo que tradicionalmente ha sido llamado un *Proyecto Nacional*, es decir un esfuerzo material y cultural, adelantado como política de Estado, para conectar los grupos y las regiones diversas de la sociedad, proponiéndoles, entre otras cosas, la *ficción de una historia común*, relatada como *historia nacional*, y la esperanza de un futuro que no deja de apoyarse en esa *ficción construida*.

Nos parece que este problema es particularmente importante en la actual situación de Colombia, país que atraviesa no sólo por dificultades respecto de la construcción de un orden social, sino aun por procesos de desintegración social, y cuyas dificultades remiten, en gran medida, a la deriva iniciada después de 1808, en el momento de la desmembración del Imperio Ibérico. En casi dos siglos de vida independiente la sociedad colombiana ha demostrado enormes dificultades para convertir en funcionamiento práctico extendido a toda la sociedad, un *ideario* respecto del cual, de manera paradójica ha sido enormemente prolífica, creando un abismo y un sistema de contrastes que una pluma como la de don Ramón del Valle-Inclán hubiera explorado a las maravillas¹.

En ese mismo lapso, pero particularmente en el presente siglo, esa sociedad ha conocido un relativo fracaso en la construcción de un Estado-nación que funcione como un principio de pertenencia social, como una fuente de recuerdos colectivos, como un depósito de "lugares comunes" a partir de los cuales se teja la ficción de una historia colectiva.

En la raíz de este fenómeno se encuentra una serie variada de procesos, y entre ellos de manera notable la bien conocida no correspondencia entre Estado y territorio, lo mismo que los procesos asociados a una de las principales formas de

(1) Sobre los sistemas de contrastes entre lo "formal" y lo "real" en Colombia, y más en general sobre la historia del liberalismo en el país, ver: Palacios, Marco. *Parábola del Liberalismo*. Bogotá, 1999.

creación de riqueza desde el siglo XVI, las “bonanzas”, episodios por definición de corto plazo, que difícilmente fijan a un territorio y fundan “sociedad”, todo ello ocurriendo en una geografía particularmente accidentada que no facilita los intercambios y las relaciones, con una tradición de poblamiento campesino de viviendas aisladas y, hasta hace muy poco, con altísimas tasas de analfabetismo que han impedido que el impreso y la lectura, dos de los grandes agentes de unificación social, cumplan su tarea y dejen huellas firmes de comunidad y participación colectivas en lectores o grupos de lectores temporal y espacialmente separados.

Sobre estos procesos, y algunos más que apuntan en la misma dirección, la moderna investigación histórica en Colombia ha llamado desde hace algunos años la atención, pero no estamos seguros que de ello se hayan sacado todas las conclusiones que pueden extraerse respecto de los fenómenos de cristalización de una *memoria colectiva nacional* que sirva como referencia y punto de apoyo cada vez que las urgencias del presente vuelven a llevarnos a la pregunta sobre el destino de esta sociedad. Es a esto exactamente a lo que hacía referencia el presidente Alfonso López Pumarejo, a mediados de los años treinta, cuando escribía:

Me he preguntado muchas veces si en esta centuria de vida republicana se ha detenido Colombia a interrogarse sobre su propio destino. ¿Sabe el país cuál es su orientación, hacia dónde se inclina el esfuerzo colectivo, qué nos proponemos como nación?

El problema parece más agudo aún si se consideran algunos aspectos de lo que puede ser la relación que una sociedad como la nuestra ha mantenido, en el siglo XX en particular, con el *tiempo histórico*, pues se trata a todas luces de una *relación fragmentada* que parece excluir todo lazo de continuidad y toda riqueza de matiz. A su manera, la República Liberal en los años treinta se planteó como un comienzo absoluto. Los años posteriores a 1948 fueron efectivamente un corte histórico importante respecto de los logros de la República Liberal. El Frente Nacional, a

principios de los años sesenta, se planteó como una etapa de reconciliación y olvido, luego de más de una década de enfrentamientos políticos violentos, pero es posible que tan necesaria tarea haya tenido su aspecto negativo en la ausencia de un balance sobre los grandes responsables de la anterior tragedia y haya dado lugar en la memoria histórica a un proceso de represión de realidades que se creían superadas y que hoy hemos descubierto que nunca nos han abandonado.

Esa misma fragmentación del tiempo histórico, que no favorece la cristalización de alguna memoria colectiva de largo aliento y con apoyos en la historia efectivamente vivida, la encontramos en los años noventa, con el gobierno liberal de César Gaviria, quien rompe con toda referencia a los logros de la República Liberal de los años treinta, la que había sido una fuente enorme de recuerdos comunes para el electorado liberal en los treinta años anteriores, y cuya consigna de orden, “Bienvenidos al futuro”, se constituyó precisamente sobre la negación de toda referencia al pasado.

Esta fragmentación del tiempo histórico, esta percepción del tiempo como ajeno a toda continuidad y a todo lazo entre las generaciones, ha sido en el campo de la política una barrera más para la formación de una memoria colectiva menos unilateral, una memoria que no reconozca como su única tradición la violencia y un sistema electoral y de partidos completamente cerrado y amañado. Una memoria más atenta a los matices y a la riqueza de las tradiciones y las trayectorias, una memoria que se permita establecer balances, distinguir y separar sin colocar términos absolutos a las oposiciones que construye, en una palabra, una memoria que *dialogue*. Sólo una memoria de esta naturaleza libera a las sociedades de sus pasiones más destructivas y de la vieja ilusión de los comienzos absolutos, de la oposición absoluta entre amigos y enemigos, del desprecio por el pasado como simple conjunto de errores.

Agobiada por las dificultades históricas de la conformación de una comuni-

dad *política*, de una comunidad *social* y de una comunidad *cultural*, la sociedad colombiana debe enfrentar hoy en día la crisis de una forma de relación política que nunca logró construir del todo: el Estado-nación. Desde luego que no se trata de una crisis local y no es correcto extremar artificiosamente su particularidad. Pero la salida de la crisis exigirá, entre otras cosas, recrear la *memoria política*, volver de cerca sobre muchos acontecimientos del pasado para repensar el conjunto de nuestra evolución, para encontrar matices, para establecer diferencias. La manera como imaginemos el pasado será también un asunto importante para considerar nuestras posibilidades futuras.

ESTADO Y POLÍTICA CULTURAL

Es por ello que quisiéramos en estas páginas examinar algunos aspectos de la Política Cultural de la República Liberal, es decir de los gobiernos liberales en Colombia de 1930 a 1946, recordando desde ahora que el rótulo de "República Liberal" utilizado de manera corriente por la historiografía nacional fue creación de los propios actores del proceso para denominar su proyecto, el que intentaron diferenciar claramente de aquellos de los gobiernos conservadores del anterior medio siglo de vida republicana, período al que en ocasiones llamaban "antiguo régimen" (o más sencillamente "régimen anterior").

Volver sobre el análisis de algunos elementos de esta política cultural, sobre la cual existen algunos trabajos, nos parece importante, pues la República Liberal, con cuyos objetivos se intenta establecer hoy una nueva discontinuidad histórica, fue un intento, tal vez el más importante a lo largo del siglo XX, de organización de un sistema estable de instituciones culturales que incluían el libro, los museos, las escuelas ambulantes, la radio y el cine, lo mismo que un proyecto de vinculación de un nuevo grupo de intelectuales a las tareas de la promoción cultural, bien fuera en las academias de alta cultura, bien fuera en los aspectos de divulgación y propaganda, siendo este último caso el

que aquí nos proponemos considerar, pues es uno de los que mejor sirve para examinar lo que parece haber sido el primer esfuerzo real por democratizar el acceso a los bienes culturales en el país.

Sin embargo no intentaremos aquí un balance general de la política cultural de la República Liberal, si no que nos fijaremos más bien en su *política cultural de masas*, a través de la consideración de un sólo punto en particular: la creación y los años iniciales de funcionamiento de la Radio Nacional (la *Radiodifusora Nacional de Colombia*), uno de sus instrumentos de "propaganda cultural" amplia, al lado del cine, el libro, los museos, las exposiciones de arte y las conferencias, las campañas de higiene, y las brigadas de escuelas ambulantes que tenían bajo su responsabilidad las campañas de desanalfabetización.

El trabajo adelantado por la Radiodifusora Nacional a principios de los años cuarenta nos parece un buen lugar de observación para reflexionar acerca de la relación entre el Estado, los procesos de formación de la Nación, y las formas de identidad colectiva, lo mismo que sobre las posibilidades y límites del dirigismo cultural. Hablando de la Radio Nacional estaremos fijando también nuestra atención en un medio de comunicación que es extraordinariamente popular en Colombia y que, a partir de los años cincuenta y bajo el dominio de la empresa privada, ha sido uno de los más poderosos medios de formación de identidades y de construcción de memorias colectivas. En todo caso un medio de difusión que tempranamente superó en influencia social a la escuela formal y al libro, máxime si se tienen en cuenta las grandes zonas de analfabetismo funcional que son características del país.

Pero sobre todo, y tal vez sea lo más importante, lo que resultó distintivo del proyecto cultural de los gobiernos liberales de ese período fue el intento relacionado con la construcción de la Nación, a través de un esfuerzo de vinculación de las mayorías populares con las formas mínimas de cultura intelectual y de civilización material, las que se consideraban requisito básico para la participación po-

lítica y la integración nacional. Es esto lo que expresaba de manera clara en 1940, Darío Achury Valenzuela, quien por muchos años se desempeñó como director de Extensión Cultural, una dependencia del Ministerio de Educación Nacional que llevó el peso mayor de la política cultural de masas del liberalismo:

Sus diversas actividades [de la Sección de Extensión Cultural] convergen a un fin esencial: encauzar y concertar las varias manifestaciones de la cultura nacional en beneficio del pueblo, entendiéndose por cultura, no la adquisición de conocimientos decorativos y vagamente educativos, sino un repertorio de convicciones que rigen realmente la existencia de un pueblo².

Se trató pues de un proyecto cultural que, tal vez más que cualquier otro en el pasado reciente, recreó los temas de la identidad nacional y de la memoria colectiva, y buscó –con resultados que están por evaluarse– *sintonizar a los colombianos en un mismo tiempo histórico*, o dicho de otra manera, en un *tiempo homogéneo*, lo que siempre resulta esencial cuando se plantea el problema de la “unidad nacional”, la que jamás resulta como producto directo de las conexiones a que da lugar la ampliación de la esfera del mercado.

Aunque el lugar de observación pueda parecer excesivamente puntual y los años considerados (1930-1946) un período demasiado corto, desde el punto de vista de nuestro objetivo esto parece justificado, pues lo único que queremos poner de presente es la forma como en el uso del dispositivo “radio” se encontraba presente una idea de nación, de identidad colectiva, de interés general y público –una especie en extinción en Colombia–, y ello dentro de criterios de libertad informativa y de libertad de creación intelectual que aun hoy pueden sorprendernos.

Estas observaciones pueden servirnos también, eso esperamos, para considerar

el tema que habitualmente se menciona de los peligros de la intervención del Estado en los terrenos de la cultura, de la cual se dice, a la luz sobre todo de la experiencia comunista, que significa siempre, sin alternativas posibles, una confiscación del papel crítico de los intelectuales que se vinculan al proyecto cultural de un Gobierno. Como se dice también que todo intento de organización de un sistema de instituciones culturales a partir del Estado quiere decir cultura dirigida hacia las metas de un régimen determinado.

Sobre estos peligros ha sido particularmente insistente, en América Latina y en Europa, el escritor Mario Vargas Llosa, quien parece haber sacado todas las conclusiones posibles de la *ideología del mercado en el campo de la cultura* (a pesar de que en su carrera de escritor haya disfrutado de importantes mecenazgos culturales) y quien asimila la *acción cultural estatal*, en cualquier tiempo y lugar, con totalitarismo y amenaza a la libre creación intelectual, y desde luego con imposición de verdades oficiales que se intentarán convertir en la memoria oficial de la sociedad. Así pues la acción cultural del Estado conduciría a la anulación de toda forma de identidad colectiva que no sea la estatal, y aún a la represión organizada de viejas formas de memoria que recrean el presente a partir de ficciones distintas a las del Estado, proceso que aparece tan bien descrito en las primeras novelas del gran escritor europeo Milan Kundera.

Este problema de los apoyos estatales a la creación y sostenimiento de un sistema estable de instituciones culturales tiene particular interés en sociedades con “formaciones culturales débiles, reducidas, recientes, muy locales y hasta provincianas”³, como es el caso colombiano, en las cuales la débil conformación del *campo intelectual* es subsidiaria de la inexistencia de un sistema fuerte de ins-

(2) Ministerio de Educación Nacional. *La obra educativa del gobierno*. T. III. Bogotá: Imprenta Nacional, 1940, p. 9

(3) Sánchez, Gonzalo. “Intelectuales, poder y cultura nacional”. En: *Análisis Político* No. 34, mayo - agosto 1998, pp. 115-138. La *Revista de las Indias*, No. 27, marzo de 1941, celebrando la iniciativa de organización

tituciones culturales (públicas y privadas) que encuentren en el Estado una palanca de apoyo que asegure su vitalidad y permanencia, tal como sucedió en otras sociedades de la región. En este tipo de formaciones "culturales débiles", el problema de la autonomía de los intelectuales, como exponentes del pensamiento crítico –en los casos en que ellos lo son– y de sus relaciones con el Estado parece plantearse de manera difícil, pues casi siempre su vinculación a tareas culturales de orden estatal parecería condenarlos a su propia desintegración como intelectuales, refundidos en el mundo de la política o aun en la simple actividad burocrática, lo que ha sido una constante en el país en este siglo.

LA "REPÚBLICA LIBERAL" Y LAS POLÍTICAS CULTURALES

Con anterioridad a su llegada al gobierno en 1930, los políticos e intelectuales liberales representantes de una nueva generación intelectual en Colombia se habían propuesto como una de sus metas la transformación social y espiritual del país, acudiendo a una definición de "país" que por primera vez incluía de manera nítida al "pueblo" como agente activo del proceso de cambio, aunque ciertos rasgos paternalistas, que son una negación de la ciudadanía moderna, nunca hubieran desaparecido de su retórica. A finales de los años veinte Alfonso López Pumarejo sintetizaba su percepción de la situación de Colombia con la expresión "quiebra del criterio nacional", lo que para él quería decir que las formas tradicionales de conducir la sociedad se encontraban en crisis, y que en

una sociedad que empezaba a superar el lastre histórico del déficit fiscal se hacían posibles nuevas orientaciones respecto de la actividad económica y la distribución de la riqueza, orientaciones que tenían como una de sus condiciones la transformación espiritual de las grandes mayorías de la sociedad⁴.

Desde este punto de vista, hablando en sentido estricto, el liberalismo colombiano no innovaba respecto de sus congéneres del siglo XIX, quienes también colocaban la *educación de las masas* en el centro de sus preocupaciones políticas, haciéndose eco de uno de los componentes más conocidos del liberalismo colombiano, el *Ilustrado*, herencia de los Borbones de finales del siglo XVIII. Pero entre, por ejemplo, los liberales de 1870 –época dorada de los proyectos educativos populares en el siglo XIX– y aquéllos que vuelven al gobierno sesenta años después, las diferencias eran grandes, tanto en relación con los medios disponibles para extender la cultura y la instrucción popular, como en relación con la definición que se hacía de cultura y educación, hecho al que los liberales de los años treinta y cuarenta sumaron una decisión firme de aplicar su ideario educativo y su programa de reforma cultural, lo que además se vio favorecido en algunos años por el crecimiento del gasto público en educación.

En cuanto a la nueva definición de cultura hay que decir, en relación con lo que aquí nos interesa, que el elemento más original de ese proceso de redefinición fue el de asignarle a la cultura un carácter "social", repitiendo aquí el elemento de definición que se había asignado a la pro-

de un concurso para autores de teatro por parte de la Radio Nacional escribía: "La producción intelectual colombiana se resiente, ante todo, de carencia de medios adecuados para expresarse, para salir a la luz pública, para penetrar hasta la masa. No existen las empresas editoriales que se lancen a la aventura de "crear" un prestigio nuevo, de descubrir un novelista, un poeta, un comediógrafo. Todo el mundo intelectual colombiano gira sobre la iniciativa personal".

⁽⁴⁾ López Pumarejo, Alfonso. "La quiebra del criterio nacional". En: *Universidad*. No. 35, junio, 1927. *Universidad*, en realidad una "frágil hojita", animada por Germán Arciniegas, resultó una publicación importante como lugar de elaboración intelectual previa de los principales puntos de reforma que intentarán años después los liberales en el poder. *Universidad* convence del carácter colectivo de esa elaboración, adelantada desde los años finales de la década del veinte y en un círculo intelectual bien definido.

piedad privada, de la que se decía que cumplía una "función social", tal como llegó a quedar consignado en la reforma constitucional de 1936. "Social", que como se sabe es un "significado flotante" de muy difícil definición en las Ciencias Sociales, fue para los liberales de los años treinta tanto una consigna que servía para movilizar a sus fieles, como un vocablo que servía para caracterizar su orientación política popular, por oposición a los conservadores quienes, según el planteamiento liberal, habrían ejecutado una política de élites y minorías que dejaba de lado toda urgencia y necesidad de las mayorías.

En el campo de la cultura, "social" quería decir con toda precisión que se consideraba la cultura como una fuerza "activa", y que en la educación popular se encontraba una condición del despegue económico, pues el "iletrismo" era una fuerza que ataba la economía a muy bajos niveles de productividad, y la garantía de que, sobre todo en el campo, los derechos laborales mínimos fueran desconocidos y la participación en la vida democrática fuera un imposible. "Social" aplicado a la cultura quería también decir derecho a la participación y al disfrute de los bienes culturales mínimos, para lo cual el Estado debería garantizar las condiciones que hacían posible la extensión de la cultura a la mayoría de la población, idea que logra su primera expresión concreta a principios de los años treinta, cuando comienzan las primeras reformas de la División de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional⁵.

Un texto de Luis López de Mesa siendo ministro de Educación encargado en 1941, resume bien la perspectiva que se encontraba presente en la definición "social" de la cultura, aunque desde luego afirmaciones similares se encuentran en otros escritores y ensayistas liberales des-

de mediados de los años veinte. El ministro López de Mesa, en una circular para los principales responsables educativos del país indicaba que, a la tríada tradicional que acuñó la Revolución Francesa, igualdad, fraternidad, libertad, la cultura contemporánea oponía

la equidad, que es mejor que una igualdad inerte; la cooperación, que vale más que una fraternidad abstracta, y el estímulo social de las libertades individuales, que supera con mucho la libertad de los textos, sin objetivo o sin medios adecuados de operación⁶.

La cultura era pues un elemento "social" y la educación no era un problema que pudiera restringirse a la escuela —como institución formal—, sobre todo en razón de las elevadas tasas de analfabetismo que se encontraban dentro de una población adulta, a la que era utópico tratar de conducir a los bancos de la escuela formal. Por eso desde el principio se pensó en que el ideal de extender la cultura debería necesariamente apoyarse en recursos de la técnica moderna como lo eran, y continúan siendo, el *cinematógrafo* y la *radiodifusión*. Como lo escribía el ministro López de Mesa en 1935, explicando sus ideas acerca de la difusión cultural, el cine y la radio "son dos recursos educativos que han aparecido en los últimos tiempos, de tan extraordinaria potencia que amenazan con desalojar muchos de los métodos clásicos [de enseñanza]", agregando a continuación, con cierto tono de urgencia: "Hay que entender, y entender aprisa, el tesoro de oportunidades de feliz aprovechamiento que estas novedades han puesto en nuestras manos"⁷.

Desde luego que ninguno de los medios de educación conocidos se desdeñaba, pero se comprendía bien que la extensión de la cultura en sociedades con grandes zonas de analfabetismo y con

⁽⁵⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1931*. Tomo 1. Bogotá, Imprenta Nacional, 1931.

⁽⁶⁾ López de Mesa, Luis. *Circular sobre la ampliación social de los medios de cultura*. 1941. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, Fondo Ministerios varios, Carpeta 21, ff. 331-339.

⁽⁷⁾ López de Mesa, Luis. *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1935*, p. 75.

desigualdades muy grandes en los niveles de instrucción deben echar mano de medios que se apoyen en las *modernas técnicas de reproducción* del sonido y de la imagen, si se quiere de veras disminuir las distancias culturales entre los grupos sociales, lo mismo que entre las diversas regiones⁸.

Hay que precisar, desde luego, que el interés de los liberales por los medios modernos de reproducción no expresaba una posición ingenua o simple frente a las grandes innovaciones técnicas con que se iniciaba el siglo XX. Digamos más bien que se intentaban utilizar tales novedades en dirección de los propios objetivos del programa de reforma cultural, y entre ellos en primer lugar el objetivo de la integración nacional en la vía de poder constituir una Nación, lo que significaba lograr algún grado de homogeneidad social y coherencia intelectual entre la mayoría de su población. Julio Carrizosa, quien era ministro de Educación en 1932, dejaba en claro el sentido y la dirección del uso de los medios masivos de comunicación bajo la República Liberal, cuando escribía, refiriéndose a los usos iniciales que se empezaba a hacer de la radio, que

Por medio de la radiodifusora, puesta ya al servicio de la propaganda cultural que queremos llevar hasta los más distantes rincones del país, prolongaremos el contacto espiritual con los que aquí nos acompañan y con todos los que vayan congregándose por un mismo espíritu en torno de ellos⁹.

Es el mismo objetivo que, tres años después, en 1935-36, se daría al Proyecto de *Cultura Aldeana*, el primer gran esfuerzo liberal por extender las formas mínimas

de la cultura intelectual a la sociedad campesina, del que se esperaba no solamente que produjera mejoras en el nivel de vida, en los niveles de lectura, en la aplicación de elementales conocimientos técnicos a las actividades prácticas, sino ante todo que produjera "nación y comunidad", tanto en el sentido de relaciones de más alta integración entre el gobierno y el pueblo, como en el sentido de coherencia y homogeneidad en cuanto a las formas de vida social. Es a ello a lo que se refería el presidente López Pumarejo cuando reclamaba del proyecto de Cultura Aldeana "establecer una conexión inteligente entre las obligaciones del Estado y las exigencias del pueblo al gobierno"¹⁰; propósito que era repetido en la Memoria del ministro López de Mesa en 1935, cuando escribía que era objetivo de la Comisión Nacional de Cultura Aldeana poner "en inmediata comunicación a la Administración Pública con las necesidades, los sentimientos, las opiniones del pueblo proletario, de aquél que carece precisamente de órganos de expresión". Pero, como lo dirá en otra parte de su Memoria, la importancia de recrear las formas tradicionales de relación entre dirigentes y dirigidos apuntaba a un punto preciso: "la creación de un nuevo nexo sentimental y espiritual" que produjera comunidad, que sintonizara a individuos aislados, que no están físicamente en contacto, en una misma dimensión espiritual y afectiva, en un tiempo homogéneo, a todos esos individuos con su gobierno, como cabeza de la sociedad.

A la nueva definición de cultura y a su inclinación por el uso de los medios

(8) "Pero como nuestro pueblo es analfabeto... desde hace mucho tiempo he venido sosteniendo la necesidad de suministrar a la Biblioteca Nacional para su campaña de cultura popular las muletas de la radio". Se consigna en la *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1938*, pp. 166-177. El texto fundacional del análisis moderno de las relaciones entre cultura y sociedad en la época de los medios modernos de reproducción del sonido y de las imágenes, es el de Benjamin, Walter. "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica". Ver: *Discursos interrumpidos*. Ob. cit., pp. 17-57.

(9) *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1932*, p. 13.

(10) López Pumarejo, Alfonso. *Mensajes presidenciales, 1934-1938*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1939, p. 81.

modernos de comunicación como instrumento esencial de su política cultural de masas, el liberalismo en el gobierno sumó la idea de *intervención estatal en el campo de la cultura y de la educación*, una idea que no podía más que despertar las furias del Partido Conservador y de la Iglesia, quienes por largo tiempo habían ejercido un control casi monopolístico de las principales instituciones de formación cultural y del propio Ministerio de Educación Nacional, pero quienes sobre todo habían impuesto al conjunto de la sociedad su propia representación de la cultura y del acceso a los bienes culturales, representación que contenía en su núcleo la idea de *desigualdad natural* en la distribución de los productos de la cultura, frente a lo cual los liberales oponían la fórmula sencilla de “hacer de la cultura un bien asequible a la comunidad colombiana”.

Aunque sobre este punto de la intervención del Estado en la cultura tendremos ocasión de volver, podemos desde ahora llamar la atención sobre la centralidad que en su programa de gobierno el liberalismo otorgaba a la *acción cultural y educativa del Estado* como formadora de una nueva perspectiva cultural, y la conciencia que existía en sus principales ideólogos culturales y en quienes ocuparon la cartera de Educación de que se estaba transitando por un camino que tenía pocos antecedentes prácticos en el país en el tramo de vida republicana, a pesar de que desde hace tiempo se había establecido constitucionalmente que el gobierno central sería el supremo encargado de la vigilancia e inspección del sistema educativo.

El primer paso en esa dirección fue el intento de reorientación del Ministerio de Educación Nacional, del cual se decía que se encontraba dominado “por el mis-

mo espíritu de partido que en cincuenta años de hegemonía descuidó sistemáticamente su obligación de educar e instruir al pueblo” y que ahora aparecía definido como “instrumento cultural de la República”, y el remplazo de buena parte de sus cuadros directivos por ideólogos liberales de la educación y por jóvenes de formación pedagógica reciente que habían recibido la influencia de las nuevas corrientes del pensamiento educativo que en Europa estaban transformando la enseñanza¹¹.

Se procedió también a presentar al Congreso de la República los proyectos de reforma escolar, en sentido estricto; de presupuesto educativo, que en opinión del gobierno debería ser cuando menos el 15% del presupuesto general de la nación, lo que constituía una verdadera novedad; y se logró la aprobación del primer gran proyecto de difusión cultural para el campo, bajo el nombre de *Cultura Aldeana*, al tiempo que se fortalecía la Sección de Cultura popular del Ministerio de Educación¹² y se trataba de despertar “el interés público por la educación, que parecía relegada a puesto secundario en las preocupaciones nacionales”, siempre bajo la idea de una decidida intervención del Estado en el campo de la cultura. Como escribía el ministro de Educación Darío Echandía, hablando de los proyectos de extensión cultural, “en modo alguno ha querido el actual gobierno limitar su ambición de intervenir en la vida cultural”, agregando que, “contrariando situaciones al parecer inmodificables, ha entrado a participar, y en cierto modo a dirigir, varios y extensos sectores de nuestra vida artística e intelectual”¹³.

Esta decisión se hizo patente en un punto muy sensible del debate cultural,

⁽¹¹⁾ López Pumarejo, Alfonso. *Ob. cit.*, p. 76, y López de Mesa, L. *Ob. cit.*, p. 207.

⁽¹²⁾ El ministro Darío Echandía escribía en 1936 que “una de las actividades predilectas del Ministerio a mi cargo es la que hace referencia a la cultura popular, la que se propone como objetivo final ofrecer a las masas obreras y campesinas, toda suerte de facilidades para el mejoramiento espiritual y económico de su vida”, agregando que los instrumentos de la campaña eran “las guerrillas de maestros ambulantes, las escuelas nocturnas, las bibliotecas aldeanas, la Radiodifusora Nacional y el cine educativo”. Ver: *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1936*, p. 58.

⁽¹³⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1936*, p. 77.

como era el relacionado con los textos escolares, pues en opinión del ministro Echandía era imposible, por su baja calidad y por su parcialidad, recomendar cualquier texto de historia o geografía de los existentes, por lo cual su despacho tomaba el camino, “para hacer más efectiva la intervención del Estado en la enseñanza”, de convertir los programas oficiales de los cursos en “auténticas guías científicas” para los maestros en las aulas. Pero el ministro iba más allá, y agregaba a continuación que para la elaboración de los nuevos textos oficiales de enseñanza se había llamado

a un distinguido grupo de intelectuales y hombres de ciencia, en solicitud de que elaboren para el gobierno los textos de que carecemos, mediante contratos que... estimulan la producción [científica] e incorporan al plan [cultural] a una serie de valores culturales que permanecían ajenos, si no indiferentes, a la labor gubernamental¹⁴,

hecho que no dejó de suscitar airadas reacciones en la prensa, en la Iglesia, entre los educadores conservadores y en el Congreso de la República, a pesar de que de manera práctica el proyecto no llegó tan lejos como deseaban los liberales.

El “dirigismo cultural” argumentado por el ministro Echandía, que se encontraba muy a tono con el planteamiento general que los liberales de ese período hacían respecto de la intervención del Estado en la sociedad, resulta ser una expresión clara, aunque de mayor alcance, de lo que Gerardo Molina en *Las ideas liberales en Colombia* llamó la “vocación docente del liberalismo”, vocación que tenía claros antecedentes desde el siglo anterior y que aparece de nuevo formulada con exactitud en los primeros mensajes presidenciales de López Pumarejo al Congreso, mensajes en los que hablaba repetidamente de la decisión del nuevo

gobierno liberal “de crearle un ambiente popular a la necesidad de transformar la educación en el primer deber del Estado”, aunque los frutos de la reforma cultural no fueran inmediatos y el liberalismo no fuera “a ganar elecciones con aulas”. Se trataba, como aclaraba el presidente López Pumarejo, “de crear una nueva época en las preocupaciones nacionales”, de tal manera que si “dentro de 20 años se comienza a sentir la influencia de un lento proceso de habilitación [cultural] de las masas” para las nuevas exigencias de la sociedad, “se habrán echado raíces tan profundas en la historia que no será vano ninguno de los esfuerzos que [el liberalismo] se impuso en los campos de batalla o en las luchas civiles”. López Pumarejo escribía, como resumen de la actitud decidida del liberalismo de impulsar la educación y la cultura populares, bajo la orientación del Estado, que:

Os confieso que no me mortificaría que se ahondara la diferencia entre los partidos, si ello diera lugar al pueblo para reclamar rencorosamente contra el abandono de la instrucción, planteando al Gobierno con rigor y dureza la obligación de redimirlo de su ignorancia, a costa de cualquier sacrificio¹⁵.

LOS PRIMEROS AÑOS DE LA RADIODIFUSORA NACIONAL

Aunque la Radiodifusora Nacional de Colombia fue oficialmente inaugurada el primero de febrero de 1940 por el presidente Eduardo Santos, sus antecedentes remontan los años del conflicto limítrofe colombo-peruano, momento en que se creyó necesario informar al extranjero acerca de lo que Colombia consideraba sus derechos. Pero la HJN, que era el nombre de la estación de radio de la cual se partió, sirvió además para comunicar órdenes militares y para informar a la opinión nacional acerca del desarrollo del conflicto, y poco tiempo después fue en-

⁽¹⁴⁾ *Ídem*, p. 86. En el caso de la enseñanza de la “historia patria” la observación iba directamente contra el texto de Historia de Colombia de Henao y Arrubla, que en 1910 había sido declarado como el texto oficial para la enseñanza en el país.

⁽¹⁵⁾ López Pumarejo, Alfonso. *Ob. cit.*, pp. 77-79.

tregada para su manejo a la Biblioteca Nacional, cuyo director pensaba que ese era el mejor medio para "irradiar cultura desde Bogotá sobre las aldeas"¹⁶.

Concluido el conflicto colombo-peruano el gobierno quedó en disposición de un medio de comunicación que se encontraba desde el principio incluido en su proyecto cultural, lo que de inmediato ocasionó roces con quienes venían adelantando esfuerzos para desarrollar empresas privadas de radiodifusión, y un intenso debate periodístico y parlamentario en torno de la radiodifusión, lo que fue ocasión propicia para que los ministros liberales de educación expresaran su pensamiento al respecto, ya que se trataba de hacer de la radio un medio de comunicación oficial, una institución de educación popular –dotando a cada escuela pública de una radorreceptor, y un instrumento de integración nacional.

En los debates parlamentarios de 1935 el ministro López de Mesa arremetió contra las estaciones privadas de radio, a las que acusó de ser vehículo de "necesidades y de basura verbal", medio de difusión desperdiciado en "interminables jeringonzas, en machacar música de bodegón (y) en anunciar chismes de almoneda". Según López de Mesa, aún este maltrato del lenguaje y de la música sería disculpable, si no se le uniera lo que se llamaba entonces "conferencias", las que él definía como "larguísimos discursos en que

hombres de la más desemejante y hasta contradictoria ideología... asestán a la cabeza del pueblo... todos los golpes de su fantasía desbordada", aunque es de reconocer que desde la distancia y carentes de archivos sonoros nosotros no tenemos cómo comprobar la justeza de sus acusaciones o la estrechez de sus criterios¹⁷. Lo cierto es que el ministro no dejaba de reclamar que la radio fuera considerada como un *servicio de Estado*, "pues una arma de esta eficacia... no puede dejarse al azar de las conveniencias comerciales. López de Mesa deseaba que se impusiera a cada estación privada de radio, por mandato de ley, un mínimo de programación cultural, dentro de lo que él llamaba los criterios "de amenidad, brevedad y sencillez" y reclamaba del Congreso una pronta legislación con relación a la radio y al cine, "dos estupendas creaciones de la técnica y del arte", para evitar que el "mercader y el demagogo" se hicieran amos absolutos de esos medios, aunque lo enfático de sus palabras pueden hacer perder de vista que se trataba de una radiodifusión incipiente y de un cine muy en sus comienzos¹⁸. Pero sus palabras son importantes porque a través de ellas el ministro va perfilando la idea básica de divulgación cultural que animaría en el futuro próximo la creación de la Radiodifusora Nacional de Colombia, idea que él expresaba con su fórmula habitual de procurar "un acercamiento

⁽¹⁶⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1938*, p. 151. Para los aspectos centrales de la difusión de la radio en Colombia una crónica de gran utilidad es la de Téllez Benítez, Hernando. *Cincuenta años de radiodifusión en Colombia*. Medellín, 1974. Puede verse igualmente Pareja, Reynaldo. *Historia de la radio en Colombia*. Bogotá, 1984. Muy interesante para conocer los orígenes de la radio en Colombia y su funcionamiento en la década de 1930 resulta ser el pequeño boletín *Radio. Órgano de la Liga Colombiana de Radioaficionados*.

⁽¹⁷⁾ La difusión de radorreceptores parece no ser aún muy grande en ese año, pero su capacidad de multiplicar las transmisiones sí, ya que, como lo hace notar López de Mesa, en ocasiones los radios eran conectados a "altoparlantes" para difusión masiva. De acuerdo con los datos de Pareja. *Ob. Cit.*, p. 21, no había en Colombia muchos aparatos de radio a principios de los años treinta. Pareja informa que para 1932, según cálculos optimistas, había en Colombia cinco mil aparatos y que un radio podría costar alrededor de 80 pesos, en el momento en que un salario campesino era de 20 centavos y un salario urbano básico de un peso.

⁽¹⁸⁾ Sobre el crecimiento de la radiodifusión en los años treinta. Ver: Pareja, Reynaldo. *Ob. cit.*, pp. 31-32, y *Radio*, No 5, marzo de 1934, en donde se incluye un directorio de las emisoras existentes en el país. Lo claro es que las principales ciudades del país disponían por lo menos de una emisora.

espiritual, sentimental y cultural" entre el país, su capital y sus regiones¹⁹.

El siguiente ministro de Educación, Darío Echandía, enfrentó en 1936 en términos similares los debates parlamentarios que le correspondieron en el momento de someter el programa cultural liberal al Congreso, y reiteró los ataques contra la radio privada, de la que decía que por falta de "control previo" desvirtuaba las potencialidades del medio, acudiendo al cultivo de los más elementales y menos elaborados sentimientos populares, con lo cual se ponía en peligro la labor cultural emprendida por el gobierno. Darío Echandía volvía a recordar que en la campaña cultural del gobierno, la radio y el cine ocupaban un primer plano, y que la radio era el instrumento central para establecer en el país por primera vez "una auténtica universidad popular a cuya enseñanza se acoja la totalidad de la población colombiana...", y recordaba a los parlamentarios que en una buena cantidad de países la radio era considerada de "interés nacional y finalidad educativa", pudiendo el Estado "reservarse para sí su monopolio en unos casos... y su dirección y control en otros"²⁰.

De la misma manera que su antecesor, Echandía iba bosquejando en medio de su crítica el modelo de radio cultural y educativa que el gobierno liberal se proponía, dentro del que incluía el fomento del espíritu nacionalista, la vinculación entre las regiones, el servicio a la industria y a la agricultura, la información veraz sobre el movimiento de precios, y la educación de la mujer, del niño,

el estudiante, el maestro y el campesino, que era lo que él llamaba "la universidad del aire". Pero Echandía afirmaba sobre todo que, sin definir normas claras acerca de "los límites de la radiodifusión privada" y mientras no se reconociera oficialmente que la radio era por esencia un servicio educativo, y que "como tal debe desarrollarse bajo la inspección directa del gobierno", era muy poco lo que podría avanzarse en la reforma cultural, razón por la cual el gobierno había demorado la entrega de los radiorreceptores a las escuelas públicas, pues "en las actuales circunstancias no tendría [esa entrega] resultado distinto al de inquietar a todos los municipios del país con la desatada propaganda política de ciertas estaciones", lo que además contribuía a mantener "la cultura del pueblo en el nivel indeseable que las radiodifusoras particulares parecen haber hallado aceptable"²¹.

A mediados de 1939 la Radiodifusora Nacional se encontraba lista para entrar oficialmente en actividad, según informaba el ministro de Educación. Se disponía de un edificio nuevo, de un equipo técnico que aseguraba un amplio cubrimiento y de un presupuesto moderado pero que permitía funcionar, por lo cual el ministro consideraba que se estaba a punto de disponer en términos estrictos de "un poderoso medio de propaganda cultural"²². A partir de febrero de 1940, momento de su inauguración oficial, y hasta 1948, la Radio Nacional conocería la que puede ser llamada su "época de oro", tanto desde el punto de vista de su influencia social, de su capa-

⁽¹⁹⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1935*, p. 80.

⁽²⁰⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1936*, p. 56. Sobre la reacción unánime, pública y beligerante de los empresarios de la radio contra los proyectos de "estatización" que se proponía ver: Téllez Benítez, Hernando. *Ob. cit.*, p. 37.

⁽²¹⁾ *Ídem*, p. 57. En realidad, como se lo hizo ver la liga de Radioaficionados de Colombia, el gobierno no conocía en ese momento todas las implicaciones técnicas de la instalación de la radio y no disponía siquiera de las conexiones suficientes en el extranjero para la compra de los receptores. La Liga, una organización de radioaficionados de clase media urbana, con la presencia de algunos extranjeros entre sus miembros, al parecer muy influida por la radiodifusión francesa y con una gran disposición para colaborar, había redactado un Memorándum para el gobierno, y había sido pionera en la redacción de un proyecto de ley para la regulación de la radio privada. Ver: *Radio* No. 12, diciembre de 1934.

⁽²²⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1939*, p. 78.

cidad técnica y de su nómina de colaboradores, como en relación con un conjunto de definiciones programáticas que reflejaban no sólo el programa cultural del liberalismo desde finales de los años veinte, sino nuevas definiciones que planteaban de una manera original la relación entre exigencia de calidad y divulgación popular, y entre una radio de carácter oficial, la autonomía de los creadores intelectuales y la intención de una información política veraz.

En relación con el último punto mencionado puede recordarse que la Radio Nacional se definía de manera oficial como una "institución pura y ampliamente nacional", como un medio de difusión de la actualidad nacional e internacional y como "una cátedra viva y animada que sirva de medio de comunicación entre el Estado y el pueblo", repitiendo con el último punto un propósito enunciado por López Pumarejo desde las épocas de las campañas electorales en búsqueda de su primera presidencia²³.

Hay que detenerse un momento a considerar la manera como los intelectuales liberales a la cabeza del Ministerio de Educación Nacional se plantearon el difícil problema de las relaciones existentes entre una estación de radio de carácter oficial y la imparcialidad requerida por la información política, pues al parecer se encontró una fórmula de solución de esta dificultad, que tenía como garantía las propias calidades intelectuales de los hombres de pluma que se asociaron a la

empresa de gobierno, lo que al parecer permitió no sólo pluralidad de criterios en la información, si no, sobre todo, realizar una distinción más o menos clara entre los intereses generales de una sociedad y la política concreta de un gobierno. Por lo menos este fue el propósito planteado, aunque la manera como tal propósito se materializó puede seguir siendo hoy ocasión de debate, como fue ayer ocasión de enconadas disputas²⁴. De cualquier forma, el objetivo manifiesto fue el de mantener la Radio Nacional sustraída a "toda influencia de secta o partido", exponiendo con claridad y sobriedad –dos virtudes extrañas al fanatismo político colombiano– la obra del gobierno, pero "teniendo únicamente en cuenta los intereses superiores de Colombia, con el fin de fomentar entre los colombianos el hábito de colaboración y difundir la consciencia de la personalidad de la Nación"²⁵.

El mismo tema era recreado en 1946, en un momento en que una nueva ola de fanatismo político se encontraba en ascenso, cuando se reiteraba que la Radio Nacional era el instrumento de comunicación entre el gobierno y el pueblo, y que la transmisión de alocuciones presidenciales y demás información oficial no eran realizadas con un criterio de propaganda a un régimen, si no con el de criterio de simple información, lo que le permitía a la Radio Nacional, según sus directores, disponer de un prestigio de imparcialidad "que la vinculaba estrechamente a los más altos intereses nacionales"²⁶.

⁽²³⁾ La definición se encuentra en *La obra educativa del gobierno en 1940*, Tomo III, p. 104.

⁽²⁴⁾ Laureano Gómez, tal vez el más furioso opositor a los proyectos culturales del liberalismo, creía imposible la existencia de cualquier margen de autonomía y de libertad de crítica entre los intelectuales liberales asociados al proyecto de reforma cultural. En un artículo de 1937, titulado precisamente "Darío Samper, poeta del régimen", escribía: "En resolución, este folleto detestable [el libro de poesía de Samper], mal oliente, asqueroso, es de aquellos que no tienen cabida en ninguna biblioteca y que las personas cultas se apresuran a arrojar a la basura. Esto hubiéramos hecho sin vacilación alguna, y no hubiéramos gastado el tiempo en hojearle ni en escribir estas líneas, si no fuera –pásmese el lector– porque ha sido editado por el gobierno de Alfonso López y es publicación oficial del Ministerio de Educación Nacional". Gómez, Laureano. *Obras completas*, Tomo I. Crítica sobre literatura, arte y teatro. Bogotá, 1984, p. 67.

⁽²⁵⁾ *La obra educativa del Gobierno en 1940*, Tomo III, p. 104.

⁽²⁶⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1946*, p. 253. Desde su comienzo la radio se vinculó en Colombia a la actividad partidista, por fuera de cualquier criterio de imparcialidad.

La Radio Nacional incluyó también abundante información política en las épocas electorales, cumpliendo una importante función de educación cívica, ya que se trataba sobre todo de la “divulgación de las normas [electorales] que nos rigen”, lo mismo que del suministro de resultados electorales “desde las oficinas del Ministerio de Gobierno, a medida que son recibidos allí”, una función más bien elemental, pero que en el contexto de las formas de politización de la sociedad colombiana resultaba esencial, pues cada uno de los poderes particulares que se expresaban en los partidos en pugna intentaba producir su propia información, para contradecir la del opositor y en todo caso reclamar la victoria o su escamoteo²⁷. Para una sociedad que ha conocido dificultades mayores para integrar a su vida práctica el carácter general de la ley, que define a toda sociedad moderna, y que encuentra grandes trabas para producir instancias de definición general que se coloquen por fuera de los intereses particulares, la idea de poder contar con una fuente segura de información debía resultar un propuesta atrayente, aunque resulta difícil saber cómo fue acogida.

Desde luego que la Radio Nacional no intentaba negar su carácter de órgano oficial de expresión del gobierno, y por ello cumplía con su función de publicitar los actos oficiales y exponer ante el país “el criterio del gobierno en la resolución de los problemas nacionales”, pero sus portavoces aclaraban que “nunca, ni antes ni

ahora, la Radiodifusora Nacional ha intervenido en la simple lucha electoral de los partidos, ya que, como entidad pública que es, le está vedado el hacerlo”²⁸, lo que constituía no sólo una respuesta a sus críticos del partido Conservador, sino una prueba de su intento de construir instancias neutras, imparciales, colocadas por encima del interés particular y con algún margen de autonomía respecto del gobierno que soportaba su presupuesto.

Por fuera de la información política –y de la programación musical y de divulgación científica y cultural, que son aspectos conocidos–, una de las tareas más importantes adelantadas por la Radio Nacional fue la relacionada con el conocimiento de las distintas regiones del país, entendidas en ese momento como departamentos, intendencias y comisarias, tipos de unidades político administrativas que no coinciden en Colombia con las regiones socioculturales. La idea era la de favorecer el conocimiento entre las gentes de las distintas regiones respecto de su historia, de sus costumbres y su estado de progreso material, para tratar de hacer vivir a todos los colombianos “el mismo ritmo vital”, ya que la insularidad y el desconocimiento podrían acarrear “tremendas consecuencias, como son el debilitamiento del espíritu colombiano y la tibieza en la profesión de los ideales democráticos”, razón por la cual era empeño del gobierno “ofrecer cotidianamente a través de la Radiodifusora Nacional una visión veraz y detallada de la

Las campañas conservadoras para suceder a Abadía Méndez hicieron uso de la naciente radio. El liberalismo hizo lo mismo en la campaña de 1934, época en la que la *Voz de la Victor* mantenía un “radioperiódico” titulado precisamente *La República Liberal*, y que se declaraba “vocero sostenido y activo del liberalismo”. Las transmisiones de las posesiones presidenciales se iniciaron con la de Olaya Herrera y sólo empezaron a perder audiencia con la aparición de la televisión.

⁽²⁷⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1946*, p. 253. La Radio Nacional impulsó también lo que podrían llamarse elementos de formación en las instituciones políticas de la sociedad, a través de los programas que llamó de “cultura administrativa”.

⁽²⁸⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1943*, Tomo II, p. 39. Las cosas desde luego no resultaron siempre tan claras de manera práctica, según lo indica una observación que, como de pasada, se hace respecto de la actitud de la Radio Nacional en 1946 con ocasión de un paro general que se anunciaba y que mereció a la emisora “una noble felicitación del señor presidente de la República”. *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1946-1947*, Tomo III, p. 85.

vida de cada una de las secciones de la República"²⁹.

Ese mismo empeño de integración nacional, que expresaba una cierta idea de Nación, formada sobre la base de unidad territorial y espiritual, y de sintonía en un mismo tiempo histórico, trató de reforzarse a través de la recreación de la historia nacional que realizó la Radio Nacional, pues la "historia patria", con toda seguridad mitologizada y repleta de héroes en medio de masas anónimas, fue uno de los elementos más constantes de la programación. Se trataba desde luego de un intento de refuerzo de una memoria colectiva nacional –seguramente a partir de relatos para nosotros hoy muy tradicionales– que se articulaba con el empeño de "difundir el presente de la Nación" y su inscripción, como veremos más adelante, en el mundo Occidental y democrático. La historia nacional fue pues un objeto privilegiado del trabajo de divulgación cultural de la Radio Nacional, bajo el siguiente esquema:

La historia del país en sus distintas épocas y en sus episodios de mayor trascendencia se difunde así mismo, y a través de los micrófonos de la Radio Nacional, por medio de conferencias que a la amenidad de la forma unen la imparcialidad del juicio, cuando de los hombres, de las ideas y de los hechos de la cultura colombiana se trata. Para que la historia y su saludable influjo arraige en las masas, algunos escritores jóvenes han dramatizado los hechos de singular relieve... sin que la exactitud haya sufrido menoscabo ni la justicia quebranto, al ser transfundidas en la carne palpitante drama³⁰.

Entre 1940 y 1946, con la excepción de un breve cierre de tres meses por fallas técnicas, la Radio Nacional funcionó de manera continua, amplió su programación, vio crecer la nómina de sus colaboradores, y al aparecer aumentó el número de sus oyentes, según las correspondencias que llegaban a la emisora en Bogotá, lo que puede resultar cierto si tenemos en cuenta que desde el principio se trató de aumentar su cobertura, y que, como afirmaba Germán Arciniegas en 1942, siendo ministro de Educación, la estación se escuchaba en 150 municipios "que cubren la totalidad del territorio nacional", lo que se sabía por cuanto se había tenido el cuidado "de solicitar informes que permitan construir el mapa de audición..."³¹. En 1943, cuando se habían efectuado más de 10.000 horas de transmisión, la Radio Nacional había ampliado y diversificado sus labores de divulgación oficial y educativa, incluyendo ahora temas de la vida cotidiana ("Escenas de actualidad") que enseñaban un poco de civismo y de legislación nacional básica, lo mismo que muchísima información nacional e internacional que compraba a la A.P. (en otro momento a la U.P.), resúmenes semanales de la actualidad para los colombianos que vivían en el extranjero, y mantenía programas noticiosos e informativos en los que se comentaban la actualidad diaria, tal como la presentaba la prensa escrita, se editorializaba sobre el principal suceso del día, y se hacían amplias crónicas sobre el curso de la Segunda Guerra Mundial³².

⁽²⁹⁾ *La obra educativa del gobierno*, Tomo III, p. 105. La información sobre las diferentes regiones del país se encontraba enmarcada en lo que fue uno de los intentos del gobierno liberal: el de descentralizar. En el campo de la cultura se decía que "El empeño de descentralizar la cultura, así sea en sus formas más sencillas, requiere la cooperación de todas las secciones del país. Se pretende ante todo extender los beneficios de la inteligencia a todas las comarcas, sin distinciones, sin preferencias, buscando en todo caso, el cabal cumplimiento de estrictas normas de justicia y equidad". *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941*. Agosto [en máquina], p. 8.

⁽³⁰⁾ *La obra educativa del gobierno en 1940*, Tomo III, p. 106.

⁽³¹⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1942*, p. 11.

⁽³²⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1943*, pp. 37-39. Ahí mismo se encuentra la información completa sobre cada uno de los programas y la manera como se dividían en las 12 horas diarias de transmisión.

Para 1944 se consideraba que el avance era grande en cuanto a programación y se contaba con un plan de mejora técnica que permitiría cubrir sin falta todo el territorio nacional, "así como muchas de las naciones vecinas y los Estados Unidos"; se contaba con una abundante correspondencia de oyentes de todo el país que seguían con atención la emisora, y se esperaba tener muy pronto un laboratorio de experimentación pues "la ciencia de la radio", como se decía en la época, "ha progresado... especialmente durante la guerra de una manera extraordinaria"³³.

Por esa misma época la Radio Nacional había incorporado estilos muy modernos de periodismo radial, como lo fueron las conferencias y las entrevistas que la Segunda Guerra había convertido en un verdadero género, y por sus estudios pasaron todas las figuras importantes de la cultura que llegaron en esos años hasta la ciudad de Bogotá. De la misma manera la emisora estrechó sus lazos con los más importantes profesores de la Universidad Nacional, los que fueron constantes divulgadores del pensamiento moderno desde sus micrófonos, lo mismo que cedió sus espacios a tareas de divulgación de investigaciones realizadas por el Instituto Etnológico Nacional. Así mismo realizaba transmisiones de "control remoto", regularmente desde el Palacio presidencial, pero se embarcó también en lo que parecía en esos años una empresa imposible, como fue la transmisión desde Popayán, a más de setecientos kilómetros de Bogotá, de la ceremonia de grado *Honoris Causa* que la Universidad del Cauca concedió al presidente Alberto Lleras³⁴.

Posiblemente, en el campo estricto de la cultura intelectual, la mayor novedad

se encuentra en la aparición de los programas de "comentario", un espacio en el que a nombre propio y bajo responsabilidad personal intelectuales de diferentes tendencias expresaban sus opiniones y pensamiento respecto de problemas de la ciencia, de la cultura o de la sociedad. Se pueden citar los nombres de los primeros que trabajaron en esta nueva modalidad, para tener un idea de los criterios amplios de selección y de las calidades intelectuales de los participantes: Gerardo Molina, Eliseo Arango, Fernando Plata Uricoechea, José Pratt, Gerardo Valencia, Fernando Charry Lara³⁵.

EL FIN DE LA PRIMERA ETAPA DE LA RADIODIFUSORA NACIONAL

Aunque no tenemos ningún procedimiento seguro para establecer cuál fue la magnitud real de la audiencia de la Radio Nacional y mucho menos para establecer cuáles fueron sus efectos culturales de mediano plazo, si los hubo, sobre sus radioescuchas –lo que además no es nuestro objetivo–, sí podemos en cambio afirmar que hacia el año de 1947 la emisora se encontraba en uno de sus mejores momentos, lo que se refleja, entre otras cosas, por la forma técnica y profesional como se preparaba para la IX Conferencia Panamericana que debía celebrarse en Bogotá en 1948³⁶.

Cabe entonces preguntarse por las condiciones que hicieron posible el funcionamiento continuo e intelectualmente enriquecedor en el plano de la divulgación cultural de una institución que existía en una sociedad de "débil formación cultural" como la colombiana. La condición más general que hizo posible su marcha continua y su perspectiva cultural novedosa entre 1940 y 1948 tiene que

⁽³³⁾ Ministerio de Educación Nacional. *La Extensión Cultural en 1944*, pp. 34 y ss.

⁽³⁴⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1946*, pp. 249 y ss., y *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1947*, Tomo III, pp. 67 y ss. Ahí pueden leerse los nombres de las conferencias y de los conferencistas que participaron a nombre del Instituto Etnológico Nacional, cuyas investigaciones constituían la primera recreación moderna de la historia indígena del país.

⁽³⁵⁾ *Ídem*.

⁽³⁶⁾ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1947*, pp. 80 y ss.

ver, en primer lugar, como resulta obvio, con la centralidad que a la radiodifusión otorgaba el proyecto cultural del liberalismo, lo que le garantizó el apoyo estatal y un presupuesto menos estrecho que el de otras instituciones culturales de esos años. Pero la continuidad de su trabajo cultural tiene que ver también, sobre todo, con otras dos condiciones, de orden diverso y en principio sin conexión interna inmediata, en las que vale la pena detenerse.

En primer lugar, el hecho tuvo que ver con las calidades del grupo de sus colaboradores y con su forma de reclutamiento, de la que se decía que no tenía que ver con otra cosa más que con los méritos intelectuales y artísticos, lo que de ser estrictamente cierto significaba la introducción de un verdadero elemento de racionalización en el logro de una posición en la Administración Pública, algo que ha resultado muy difícil de conquistar para la sociedad colombiana³⁷. Es claro que lo que podría ser llamado de manera amplia la "Generación de los Nuevos" se encontraba casi toda del lado de los ideales de la República Liberal y de su idea de "extender la cultura", además que algunos de ellos habían participado directamente en la formulación del ideario a finales de los años veinte³⁸. A este grupo se unirían algunos de los pocos intelectuales europeos, principalmente españoles, que llegaron a Colombia huyendo del Fascismo. Todo ese grupo intelectual, de filiación sin duda moderna, tuvo en algún momento que ver, poco o mucho, con el trabajo de la Radio Nacional³⁹.

Más importante aún, pero en la misma dirección, fue el que, en el ambiente de libertad espiritual que favoreció el fin de la Hegemonía Conservadora, el grupo que se ligó a las tareas de la Radio Nacional –y más en general a la Sección de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional– logró poner en marcha criterios de amplitud y diversidad cultural que eran inéditos en el pasado reciente, que lo afirmaban en los elementos distintivos de lo que se llama la *autonomía del campo intelectual*, y que a pesar de cierta intención cosmopolita no resultaban excluyentes de las tradiciones nacionales –"vernáculos" se decía–, a las que por demás se prestó muchísima atención, bien que dentro del límite que impone la representación de lo "popular" como folclor. Tal apertura cultural –que de paso muestra las posibilidades de las propias instituciones culturales de orden estatal, bajo ciertas condiciones– se manifestó no sólo en las declaraciones formales al respecto que aparecían continuamente en publicaciones como la *Revista de las Indias*, sino ante todo en una forma práctica de hacer, que se permitía reunir de manera amplia diferentes tradiciones culturales y puntos de vista, bajo la idea de la existencia de una cultura universal que podría llegar a ser patrimonio de todos los pueblos. Es eso por ejemplo lo que puede observarse en la selección del repertorio musical, respecto del cual se escribía:

En cuanto al criterio general para la selección de autores e intérpretes se ha seguido, como es obvio, una norma puramen-

⁽³⁷⁾ El criterio está expuesto en *La obra educativa del gobierno en 1940*, Tomo I.

⁽³⁸⁾ Sin embargo la Radio Nacional acogió gentes no sólo de tendencias políticas variadas, sino pertenecientes a más de una generación. Ver: *La obra educativa del gobierno en 1940*, Tomo III, p. 104.

⁽³⁹⁾ Para 1943 se mencionan como colaboradores permanentes o especiales a Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón, Rafael Maya, Eduardo Carranza, Rafael Maya, José Pratt, Jorge Zalamea, Oswaldo Díaz y Bernardo Romero, entre otros. Ver: *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1943*, Tomo II, pp. 39 y ss. Pero igualmente colaboraban con la Radio Nacional León y Otto de Greiff, Víctor Mallarino, Gabriel Giraldo Jaramillo, Carlos H. Pareja, Carlos Martín, Daniel Arango, Gerardo Valencia y Alejandro Vallejo, entre otros. Existía una Sección de Crónica Religiosa, a cargo de la Curia Primada, que realizaba su sección a través de la facultad de Teología de la Universidad Javeriana. Ver: *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941*. Agosto [en máquina] p. 11.

te artística, dándole representación, en cuanto es posible, a compositores de todas las nacionalidades, escuelas, épocas y tendencias⁴⁰.

Fue ese grupo intelectual, relativamente separado de la actividad política práctica, lo que le permitía a la Radiodifusora ejercer de manera más firme su propia autonomía cultural, y el que pudo impulsar, por un corto número de años, un ideario político y cultural que reconocía la existencia de *intereses generales*, que valoraba de manera especial la existencia de la dimensión pública de la sociedad, y que distinguía entre información política y propaganda del régimen, entre divulgación cultural y fanatización en las creencias de un partido cualquiera, y que al mismo tiempo se hacía eco de la existencia de opiniones plurales, de la riqueza naciente de puntos de vista en una sociedad que se encontraba tratando de sacar las primeras conclusiones de una fase inicial de modernización.

El segundo elemento que favoreció enormemente el impulso inicial de la Radio Nacional tiene que ver con la Segunda Guerra Mundial, pues los Estados Unidos y la Gran Bretaña, potencias de la radio, intensificaron su trabajo diplomático y cultural sobre los países latinoamericanos, a quienes consideraban sus "aliados naturales" en el conflicto. Particularmente la Embajada Norteamericana y las agencias oficiales de información y prensa de los Estados Unidos fueron una fuente constante de apoyo, seguramente interesado, en el campo técnico, en el plano informativo y en el intercambio

bio cultural, y ello con criterios mucho más amplios y menos inquisidores que los que luego se impondrían cuando se abre por entero la fase de la Guerra Fría. En este punto hay que recordar que la Radio Nacional siempre expresó un alto espíritu americanista, como un decidido interés por la situación internacional, como se ve por ejemplo en la forma constante como la Segunda Guerra fue recreada a sus oyentes. Pero muchas más informaciones de importancia para la cultura democrática y para la situación política del país tenían espacio en la emisora, ya fueran noticias acerca del transcurrir inglés o francés durante la Guerra, ya fueran las elecciones en los Estados Unidos, el discurso de posesión del presidente norteamericano o las posiciones norteamericanas respecto de las relaciones interamericanas. De hecho la sección de comentarios sobre la Segunda Guerra Mundial se inició con el auspicio de la Oficina de Asuntos Interamericanos de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos.

No hay que creer desde luego que se trataba simplemente de que el "soplo de Moscú" tratara de ser contrarrestado por el "soplo de occidente". Por lo demás, como es de sobra conocido, el periodo de la Guerra fue un periodo de "baja intensidad" en la propaganda contra el comunismo, en razón de la alianza conjunta que unos y otros sostenían contra el nazismo⁴¹. Pero a los elementos de "buena vecindad" interesada que produjo la guerra, hay que sumar la forma extrema como el conflicto fue percibido por muchos de los intelectuales liberales, quienes entendían que en

⁽⁴⁰⁾ *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941*. Agosto [en máquina], p. 13. Es lo mismo que se afirmaba respecto del repertorio teatral, otra de las actividades fuertes de divulgación de la Radio Nacional: "El repertorio ha abarcado desde la tragedia griega y el teatro de Shakespeare, hasta la moderna comedia norteamericana, sin olvidar el teatro clásico español y francés, y algunas obras modernas de los más destacados autores nacionales y extranjeros". *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1946*, pp. 249-250.

⁽⁴¹⁾ Una breve Nota de la *Revista de las Indias* informando respecto de una exposición de pintura soviética da buena cuenta del clima de tolerancia que en ese momento se vivía: "Se destacó en todos los discursos [con que se inauguró la exposición] el papel decisivo que la Rusia de todos los tiempos ha desempeñado en la suerte de Europa, así como el significado que para el mundo entero tiene su victoriosa lucha actual contra el ejército alemán". *Revista de las Indias*, No. 65, mayo, 1944, p. 129.

la Guerra se jugaba en buena medida el porvenir de la civilización.

Quien ofreció más testimonios explícitos de esa percepción y de la conciencia de los peligros que entrañaba la guerra, y trató de sacar sus consecuencias para la cultura nacional, fue precisamente Darío Achury Valenzuela, el director por muchos años de la Sección de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional, y uno de los principales animadores de la *Revista de las Indias*. Lo insólito de la posición de Darío Achury no tiene que ver sólo con sus consideraciones acerca del momento crucial por el que atravesaba la humanidad, sino con el papel que asignaba a las sociedades de la región como nuevos garantes de la civilización democrática, frente a las dificultades por las que pasaban las naciones europeas⁴². Pero en la versión de Achury Valenzuela la defensa de la democracia (el gran legado de la cultura de Occidente) exige, necesariamente, de un lado la participación popular, y de otro lado la construcción de una cultura nacional, que son los dos hechos que considera esenciales para la supervivencia de la democracia.

El advenimiento de una cultura propia será desde todo punto de vista imposible si no se le da un ámbito propicio y un clima adecuado a su natural germinación y desarrollo. De aquí la necesidad de crear en torno a los problemas y a los hechos de la inteligencia una inquietud y de lograr que el pueblo participe activamente en esta empresa de defender el legado de una cultura en cuanto a sus valores universales, y de mantener y acrecentar las formas de una cultura vernácula que promete florecer... en el seno de la tierra americana⁴³.

Resulta dramático, pero es de fuerza subrayarlo, que pasada la guerra los co-

lombianos no se encontraran con una democracia sólida y una cultura intelectual en ascenso, sino en las propias puertas de una aguda etapa de violencia política que arruinaría los elementos de estabilidad democrática que a lo largo del siglo, en medio de grandes dificultades, la sociedad había conquistado. Ese proceso de violencia marcará el fin de un proyecto de extensión cultural, que al mismo tiempo era un intento de participación popular, de redistribución de los bienes culturales y de formación de Nación, aunque muchos de sus criterios nos resulten hoy completamente inadecuados. Pero las instituciones que soportaban el peso del proyecto, en la medida en que éste perdió fuerza y otras representaciones del orden social y de la cultura se constituyeron en hegemónicas, fueron desapareciendo, o simplemente vieron modificados sus propósitos, colocados en otro orden de exigencias, puestos al servicio de otros propósitos, abriendo en lo inmediato para el país, en términos de su cultura intelectual a partir de 1948, una situación que está bien caracterizada en un texto de Gonzalo Sánchez:

Para la cultura, que no podía expresarse en toda su vitalidad, la Violencia representa, en términos de cronología intelectual, y de 'lucro cultural cesante', una generación perdida, o al menos una 'generación invisible'. Ella es, si no la muerte, un borrón en la memoria cultural del país⁴⁴.

Ese borrón debió afectar de muchas maneras, no sólo la memoria intelectual, sino la memoria social popular, en cuanto a los elementos de nación, que muy primariamente se había tratado de construir, y que buscaban un punto de enganche con la historia anterior del país.

⁽⁴²⁾ Darío Achury escribía: "Espectadores perplejos de una contienda demoníaca en que padecen rigurosa prueba los valores del espíritu y de la inteligencia, desconcertados por las diarias sorpresas que nos depara el suceder vertiginoso de hechos imprevistos, los pueblos del Continente americano se encuentran súbitamente enfrentados al problema trascendental de crear con materiales e instrumentos propios una cultura indígena". *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941*. Agosto [en máquina], p. 1.

⁽⁴³⁾ *Ídem*, p. 4.

⁽⁴⁴⁾ Sánchez, Gonzalo. *Ob. cit.*, p. 126.

Desde luego que el futuro no reclama la restitución de ese proyecto, *hoy anacrónico desde tantos puntos de vista*, pero el carácter inacabado de algunas de sus tareas nos exige volver de *otra manera* sobre muchos de sus puntos. Así por ejemplo sobre aquel que tiene que ver con la necesidad de que la nación sintonice sus relojes y los colombianos vivan, por lo menos de una

manera aproximada, en un tiempo histórico similar, a pesar de todas sus diversidades, tarea que intentó la Radio Nacional:

Servicio de la mayor importancia para todo el país, es la señal horaria que transmitimos desde el Observatorio Astronómico de Bogotá y que marca la hora oficial para toda la República. Este servicio se presta diez veces al día⁴⁵.

⁽⁴⁵⁾ El actual canto exaltado con que se glorifica en el país la "heterogeneidad" y la "diversidad", no debe hacer perder de vista, si no se quiere de nuevo construir una falsa oposición de las que tanto gustan al "espíritu nacional", que homogeneidad y heterogeneidad no son dos términos excluyentes entre los cuales se deba inexorablemente escoger. Así, como no existe sociedad sin prohibición, no existe ninguna sociedad históricamente viable sin algún grado mínimo de homogeneidad.